

EL SINGULAR Y LO SINGULAR DE LOS APELLIDOS

Reabrir en Colombia la discusión acerca del plural de los apellidos puede parecer a muchos grave impertinencia, pues ello se debatió ampliamente a fines de la centuria anterior y quedó luego en pie de cosa juzgada por autoridades que harto bien sustentaron sus conceptos: Obdulio Palacio, profesor de latín en el Liceo Antioqueño, sostuvo la conveniencia del singular; Luis Eduardo Villegas, profesor de castellano, la casticidad del pluralismo; Rufino J. Cuervo, Marco Fidel Suárez y otros gramáticos ilustres apoyaron esta tesis con invencible demostración histórica. De ahí adelante consolidose la opinión, hoy día unánime, de que deben llevarlo cuando la pluralidad del sujeto así lo determine.

Sin embargo... el uso se rebela tan ahincadamente contra la inflexibilidad de dicha norma que algo debe de haber en el fondo, insoluble aún o no considerado con más generoso entendimiento: sin diputarme hábil para ser en batalla con mis maestros, de mí sé decir que hallo tantas excepciones a la precitada regla que ya me le quitan su categoría eminente y me la definen sólo general o conveniente apenas.

* * *

Etimológica y filosóficamente compulsados, el nombre propio, o nombre de pila que dicen los cristianos, y el apellido o nombre propio de familia que hoy usamos en todos los pueblos cultos, no se diferencian: uno y otro fueron adjetivos substantivados, apodos en su origen o señales distintivas para el comercio social y la adecuada individuación de sus gentes.

Veamos una muestra:

<i>Aarón</i> , doctrinante	<i>Donaldo</i> , soberbio
<i>Abel</i> , efímero	<i>Eduardo</i> , guardián
<i>Adán</i> , terrifacto	<i>Efraín</i> , fructífero
<i>Adel</i> , noble	<i>Eleuterio</i> , libertador
<i>Alberto</i> , luciente	<i>Emilio</i> , émulo
<i>Alcibiades</i> , fuerte	<i>Epifanio</i> , resplandeciente
<i>Alejo</i> , defensor	<i>Erasmus</i> , amable
<i>Alfonso</i> , emprendedor	<i>Ernesto</i> , serio
<i>Amalia</i> , suave	<i>Eusebio</i> , piadoso
<i>Ambrosio</i> , inmortal	<i>Evaristo</i> , atrayente
<i>Andrés</i> , varonil	<i>Federico</i> , pacificador
<i>Angel</i> , mensajero	<i>Fernando</i> , caminante
<i>Aniceto</i> , invencible	<i>Fulgencio</i> , refulgente
<i>Antonio</i> , encomiable	<i>Galeno</i> , apacible
<i>Apolinar</i> , destructor	<i>Gaspar</i> , tesorero
<i>Aristides</i> , el mejor	<i>Gedeón</i> , desolado
<i>Arquimedes</i> , previsor	<i>Gregorio</i> , vigilante
<i>Arturo</i> , ilustre	<i>Guillermo</i> , arrojado
<i>Asoka</i> , sereno	<i>Gustavo</i> , huésped
<i>Atanasio</i> , inmortal	<i>Gutierre</i> , escanciador
<i>Atila</i> , padrecito	<i>Hermes</i> , astuto
<i>Augusto</i> , acrecido	<i>Higinio</i> , saludable
<i>Baldomero</i> , audaz	<i>Hilario</i> , alegre
<i>Berta</i> , brillante	<i>Hugo</i> , inteligente
<i>Buda</i> , iluminado	<i>Ignacio</i> , ardiente
<i>Calisto</i> , hermosa	<i>Jorge</i> , labriego
<i>Carlos</i> , esforzado	<i>Julio</i> , crespo
<i>Cecilia</i> , ceguezuela	<i>Liborio</i> , labrador
<i>Celso</i> , elevado	<i>Luis</i> , baluarte
<i>Cirilo</i> , señor	<i>Lutero</i> , combatiente
<i>Ciro</i> , pastor	<i>Lloyd</i> , gris
<i>Claudio</i> , cojo	<i>Macario</i> , feliz
<i>Cloro</i> , pálido	<i>Mahoma</i> , laudable
<i>Confucio</i> , maestro	<i>Marta</i> , hacendosa
<i>Dámaso</i> , domador	<i>Mauricio</i> , moro
<i>Darío</i> , refrenador	<i>Medardo</i> , poderoso
<i>David</i> , amado	<i>Melitón</i> , melífero

<i>Nemesio</i> , justiciero	<i>Sócrates</i> , vigoroso defensor
<i>Nerón</i> , vigoroso	<i>Spencer</i> , camarero
<i>Néstor</i> , ayunador	<i>Serafín</i> , llameante
<i>Olimpia</i> , omniluciente	<i>Sotero</i> , redentor
<i>Pablo</i> , pequeño	<i>Tadeo</i> , sagaz
<i>Pericles</i> , renombrado	<i>Tomás</i> , mellizo
<i>Platón</i> , espaldudo	<i>Terencio</i> , tierno
<i>Roberto</i> , glorioso	<i>Tito</i> , honrado
<i>Rómulo</i> , romano	<i>Ulises</i> , irritado
<i>Rufino</i> , rojizo	<i>Vicente</i> , vencedor
<i>Salomón</i> , pacífico	<i>Yahweh</i> , eseyente
<i>Sebastián</i> , venerable	<i>Zarathustra</i> , estrella áurea.

A más de descubrirnos el origen calificativo o adjetival de los nombres propios de persona, la onomástica nos revela inequívocamente el carácter sui géneris de las naciones: los hebreos apelaron de preferencia a designaciones místicas, como 'Yahweh nos salva' (*Jesús* o *Yeshúa*), 'fuerza de Dios' (*Ezequiel*), 'regalo de Dios' (*Josías*), 'Padre de las generaciones' (*Abraham*), 'el Señor nos ayuda' (*Eliccer*), 'llama de Dios' (*Uriel*), 'Jehová es Dios' (*Elías*), 'Dios pelea' (*Israel*); los germanos, conforme vimos en la nómina anterior, preferían la evocación guerrera; los griegos, en cambio, *Alejandro*, v. gr., *Aquiles*, *Aristocles*, *Basilio*, *Crisóstomo*, *Eudemo*, *Eucrates*, *Nicolás*, *Sófocles*, *Temístocles*, *Teócrito*... lo que traduce: 'defensor de los hombres', 'refulgente', 'regio dominador', 'gloria de la sabiduría', 'juez de las divinidades'... es decir: prestigio espiritual casi siempre. Apunto "casi", porque algunas veces destacaban también, como todas las naciones, defectos o cualidades físicas características: *Edipo* es 'piehinchado' o 'patihinchado'; *Onfala*, acaso simbólicamente, traduce 'ombligo', como quien dice *Umbilica*...

Los romanos gustaban del mote común: *Agripa*, *Bruto*, *Cicerón*, *Cornelio*, *Casio*, *Craso*, *Fabio*, *Julio*, *Marcelo*, *Ovidio*, *Pompeyo*, *Porcus*, *Silvio*, *Tulio*, o sea, 'el enfermizo', 'el torpe', 'el garbanzo', 'cuerno', 'pezuña', 'gordo', 'haba', 'crespo', 'martillo', 'puerco', 'silvestre'... Los vascos, de su parte, se acogen a la toponimia: *Arango* o 'del valle', *Aya* o 'la pendiente',

Aránzazu o 'el espinal', *Bolívar* o 'la ribera del molino', *Basterra* o 'el peñón', *Echegaray* o 'la casa alta', *Echandía* o 'la casa grande', *Eguía* o 'el collado'; *Goya*, 'la altura'; *Olano*, 'la ferretería'; *Iturbide*, 'camino de la fuente'; *Uribe*, 'pueblo de abajo'; *Zubieta*, 'los puentes'; *Zubiría*, 'puente de la ciudad'; *Zuleta* y *Zulueta*, 'los hoyos'...

Los chinos, que reverencian la estirpe, apenas si tienen un centenar de apellidos, y naturalmente los anteponen: *Li* ('ciruela') *Tai-Po*, *Sun* ('nieto') *Yat-Sen*.

Mas, en llegando a nombres de mujer, todos los pueblos de la tierra, así los incultos como los refinados espiritualmente, coinciden en agraciarla con voces de primor o de dulzura: *Agda* (o *Agueda*), 'la buena'; *Alicia*, 'verdad'; *Ana*, 'graciosa'; *Aspasia*, 'bienvenida'; *Anastasia*, 'enhiesta'; *Beatriz*, 'bienaventurada'; *Dora*, 'regalo'; *Catalina* (o *Catarina*), 'pura'; *Celia*, 'celestes'; *Diana*, 'la que ilumina'; *Débora*, 'abeja'; *Elena*, 'antorcha'; *Eunice*, 'victoriosa'; *Inés*, 'casta'; *Iola*, 'celaje vespertino'; *Leonor*, 'compasiva'; *Ligia*, 'diáfano acento'; *María*, 'gallarda'; *Maya*, 'ilusión'; *Narcisa*, 'adormecedora'; *Olga*, 'sublime'; *Roxana*, 'refulgente'; *Ruth*, 'tímida'; *Sibila*, 'inspirada'; *Susana*, 'lirio'; *Thamar*, 'palmera'; *Venus*, 'aveniente'; *Zoraya*, 'constelación'. Tal así en todas las naciones del orbe: La taína *Anacaona* vale por 'flor de oro'; la brasilense *But-Diacuy*, 'flor de pradera'; la araucana *Ray-Ray*, 'muchedumbre de flores'; en el Lejano Oriente, 'flor de té', 'flor de durazno' se repiten, o el encomio de virtudes morales, al modo de *Mei-ling*, 'hermoso carácter'; *Farida* 'la incomparable', nombre egipcio. Fuera de que en muchas ocasiones tienen la sonoridad de un arpeggio: *Berenice*, *Deyanira*, *Anadiomena*...

Mas he ahí que en dado momento de las sociedades el desarrollo de la población hace insuficiente el mero prenombre y surge el apelativo familiar que confirme la identificación apetecida. Dicho proceso onomástico sigue espontáneamente la norma técnica de las clasificaciones que después inventaron las ciencias naturales, de las plantas, por ejemplo: El hombre de la lengua madre indoeuropea que bautizó a la rosa — prototipo de flores — no se detuvo en los matices de su corola ni

en su perfume, celebérrimos adelante, sino en la flexibilidad de sus tallos arbustivos, y así la llamó *wrd* en iranio, *vard* en armenio, *rhódon* en griego y *rosa* en latín cuando, probablemente en el etrusco, cambió la *d* por *s*. Luego ella dio su 'rosado' a cuanto lo tiene de suyo, en expansión semántica indetenible, pues ahora sabemos que nunca ocurren palabras solitarias sino familias de voces con todas o casi todas las tareas gramaticales de sustantivo, adjetivo, verbo, adverbio, etc., que el entendimiento humano requiere para el triunfo de sus funciones y ser lo que es en logos. Aquel *rosa* bastó mientras no surgieron las múltiples variedades que la taxonomía botánica ofrece hoy con calificación denotativa de su origen: *rosa blanda*, *rugosa*, *canina*, *índica*, *gálica*, *virginiana*, *chinensis*, *lútea*, *centifolia*, *damascena*. . . hasta el concurso de doscientas cincuenta especies en que algunos calculan su prole.

A veces no alcanza dicha nomenclatura binaria a satisfacer las exigencias de la distinción individual, y tiene que añadir segundo apelativo: del trigo, por ejemplo, que deriva su nombre *triticum* de ser triturado, conocemos tantos — *durum*, *sativum*, *hispidum*, etc. — que para mayor claridad añadimos verbigracia, *Triticum dicocum Leble*. . . tal como diríamos: *Adán*, *Adán Blanco*, *Adán Blanco y Rubio*. Y aun así falla la cuenta, pues en creciendo las familias coinciden los nombres: A *Rafael Uribe* hubo que añadirle el apellido materno, así: *Rafael Uribe Uribe*, pero como ahora existen varios con esa duplicación antroponímica, ya tendremos que decir *Rafael Uribe Uribe Toro*, para distinguirlo de *Rafael Uribe Uribe Gaviria*, por ejemplo, y quizás algún día *Rafael Uribe Uribe Toro de Valparaíso*. . . La literatura trae *Luis Antonio Martínez Ramírez* y *Güerteros*. Los franceses y las casas reales eluden la dificultad acumulando nombres de pila, a estilo de *Abel Antonio Augusto Amadeo Aureliano María Duval*, por así decirlo supositivamente, y del verdadero *Eduardo Alberto Cristian Jorge Andrés Patricio David de Winsor*, y aun más copioso en *Bernardo Leopoldo Federico Abelardo Julio Kurt Carlos Godofredo Pedro de Lippe Biesterfeld*. . .

* * *

Evidencia el remoto carácter adjetival de los apellidos el hecho de que se constituyen muy a menudo con nombres de persona, a saber, *Antonio, Amadeo, Beltrán, Bernardo, Benito, César, Cipriano, Darío, Diego, Dionisio, Eloy, Eusebio, Esteban, Federico, Fabián, Felipe, Gil, Giraldo, Hilario, Julio, Juan, Justiniano, Lorenzo, Martín, Nolasco, Nuño, Pastor, Romeo, Roberto, Rosario, Santiago, Suero, Teodoro, Tirso, Urbano, Vicente, Uriel, Zacarías...* o adjetivándolos doblemente en forma patronímica, como *Rodríguez de Rodrigo, López de Lope, Fernández de Fernando, Sánchez, Sáenz, Sanz, Saz, Sáiz, etc.*, de *Sancho* o *Sanctus*.

Esta derivación es fenómeno común a todas las lenguas indoeuropeas, pero de vario modo, muy ingenioso por cierto: El castellano buscó la desinencia genitiva del latín: *Rodrigo, Roderici, Rodríguez*, a la manera de los griegos, que a veces especificaban *Demosthenes Demosthenous*, con adición del nombre tribal o gentilicio: *Demosthenes Demosthenous Paianieus*; y más a menudo los sufijos prerromanos (?) *-az, -ez, -iz, -oz* y *-uz*, en un tiempo intercambiables, a ocasiones abreviados en *t, s* y *z*: El *ci* de *Roderici*, v. gr., se pudiera interpretar por el *cum* o *qum* ibero latinizado. Los romanos asociaban la *gens*: *Aulus Fabius*. En Italia el apellido se tomó del nombre del padre: *Giovanni di Pietro*, o del padre y del abuelo: *Giovanni d'Alberto di Pietro*, y aun de más arriba, del bisabuelo. Perdiendo el *de, di* o *d'* se adjetivaron y hasta tomaron el femenino, como en España: *Alberta*, para las mujeres, por ejemplo. *Fi, firi, fili*, y *figio*, se anteponen a veces, al modo del *Fitz* de Escocia (derivado del *fiils* francés) por *figlio, filius*, 'hijo': *Filangieri, Figliomarini*.

Mientras que los españoles recurrieron al *de* para la vinculación locativa de feudo, solar o sitio de procedencia, nobiliario o especificativo meramente, los franceses lo utilizaron como relación patronímica, con elipsis: *M. de Pascal* corresponde a, v. gr., "M. Blas fils de Pascal". Cuando los turcos emprendieron su reforma onomástica conservaron el *ras* para los patronímicos también, y con tal acepción dicen, por ejemplo: *Ras Mustafá*, o sea: 'el descendiente de Mustafá'. En el griego contemporáneo se añade con frecuencia el enclítico *poulos* o *pylos*,

como en *Theotocopoulos*, real apellido del Greco, y en *Argyropulo*, el célebre humanista bizantino. El frecuente enclítico *-ling* de los alemanes declara asimismo posesión o pertenencia.

En otras ocasiones toman *casa*, cual se ve en *Cassasi* (*Casa de gli Azzi*), que recuerda la evolución onomatológica irlandesa del *of* ('de') inglés: *O'Connell*, *O'Higgins*. *-Eschi* indica descendencia y continuador o partidario: *Brunelleschi*, como el *-escu* rumano: *Antonescu*; *-esi* y *-ensi*: *Carbonesi*, *Cortesi*, *Barbensi*, son clásicos; *-glia*, abundancial: *Boscaglia*; *-anza*, colectivo: *Bertanza*; *Buonarroti* corresponde al plural de *Buonarrotta*; *Alfieri*, que traduce 'portaestandarte', recuerda nuestro *Alférez*; *Garofalo*, que es 'clavel', *Zola*, 'jarro', etc., siguen otros cauces, por fuera de los genitivos y diminutivos, más frecuentes. Así los derivados del *-engo*, *-ingo*, *-ing* germano, que se encubre, v. gr., en *Mussolini* (si es que no viene de *muselina*, tela de algodón).

Los franceses frecuentan la desinencia *-ard*, *-u* y *-et* para los apodos: *Testard*, *Testu*, *Capet*; *-er*, *-ier* y *-and*, para los oficios: *Vacher*, *Bouvier*, *Marchand*; *-eau*, *-on* y *-ot* para los hipocorísticos: *Mercereau*, *Merceron*, *Mercerot*; *-et*, *-ot*, *-in*, para los diminutivos: *Grelet*, *Petitot*, *Courtin*. En común con España, Italia, Portugal y otros países, recibió de los godos varios componentes patronímicos, por el estilo de *mund*: 'protección' (*Ramón*, *Raymond*, *Raimundo*); de *bert*: 'lucimiento' o 'brillo' (*Flaubert*, *Berta*, *Alberto*); de *nand* 'abundancia' (*Ferdinand*, *Fernando*); de *fride* o *fridu* 'paz' (*Sigfried*, *Federico*, *Manfredo*), grandemente disimilados a veces, como en *Joffre*, que proviene de *Wilfrid*, o sea 'paz del bosque'...

Los escoceses tomaron su *Mac* (hijo) del gaélico, y los ingleses *son*, alemanes *sohn*, daneses *sen* — sánscrito *sunus*, 'hijo' también — del indoeuropeo: *Macbeth*, *Mac-Kinley*. *Johnson* (o *Johns* en abreviatura), *Mendelssohn*, *Michelsen*, como prefijos o sufijos respectivamente, según la índole de las lenguas a que corresponden. (En *Johnston* ocurre otro fenómeno de abreviación, muy aparte de los anteriores, puesto que probablemente significa *John's Town*, o sea, 'ciudad de John', en la que la *s* representa el genitivo anglosajón *es*, aglutinado y contracto).

Los idiomas eslavos poseen *-vich*, *-wich*, *-vitch* y *-vitz*, para el sufijo de filiación: *Peróvich*, *Petróvich*, *Zarévitz*, y *-ski* (*-ska*, femenino), para el de localidad: *Sobieski*, *Wachowska*, que aparece en *Dostoevski* y en la grafía original de *Nietzsche*, germanizado luego: el ruso forma también femeninos en *a*: *Karenin-Karenina*, pero *Tolstoy*, que significa 'grueso', hace *Tolstaia*, no *Tolstoya*, como algunos dicen, para diferenciar la aplicación apelativa. Más frecuente es la terminación *-of* u *-ov*, que muchos escriben exageradamente *off*, *ow*: *Pávlov*, *Romanof*, 'hijo de Pablo', 'hijo de Román'. Usan asimismo *-ef*, *-ev*, cual ocurre en *Mendeléief* o *Mendeléiev*. Distinguen: *Petrova*, 'hija de Pedro' (a la antigua usanza española, italiana y provenzal: *Pacheca*, de *Pacheco*; *Gioconda*, de *Giocondo*; *Martina*, de *Martín*), pero *Petrowna*: una hija cualquiera de un Pedro. Esto ocurrió también en latín, al tenor de *Drusila*, de *Drusus*: *Junia Delicata*, *Julia Agripina* etc., y antiguamente en lengua d'oc, cual se colige de *Fabressa*, forma femenina de *Fabre*. El *-ich* que llevan ciertos apellidos de Istria es igualmente patronímico: *Alessich*, por ejemplo. El húngaro hace en *-fi* o *-ffi* la desinencia patronímica: *Petofi* equivale a nuestro *Pérez* (*Pétrez*, *Pédrez* y *Pédriz*).

Aquí conviene recordar que latín y griego adoptaron, además de lo dicho antes, las desinencias adjetivas: *Antoninus* (de la *gens Antonia*), *Peléades* o *Peleides* ('de la estirpe de Peleo'): *Atridas*, *Lapidas*, *Heraclides*. El enclítico *κles* (renombre) alterna con estas: *Aristocles*, 'hijo de Ariston, Heracles o Hércules', 'prestigio de Hera' (o, quizás mejor, del héroe)...

En semítico tenemos *Bar*, *Ben*, *Iben*: *Bar Abas* (o *Barrabás*), *Ben-Joseph*, *Ibn Saud*, que descubrimos en los castellanizados *Benjumea*, *Vanegas* o *Benavides* (o sea *Ben-David*, para unos; *Ben Vidal*, para otros) etc., todos significativos de filiación, ya que *ben* es la transformación del arcaico *hebel*, 'hijo', que en Mesopotamia se dio como *habal*: *Sardanapalo*: *Assurbanipal*: *Assur-ban-habal*: 'hijo de Assur'.

El vascuence tomó la terminación *-ena* para el patronímico, según se advierte en *Loperena*, *Martirena*, *Michelena*, etc.

En lenguas americanas se confirman estos procesos de de-

rivación, con prenombre (*praenomen*), apellido (*nomen*) y cognomento (*cognomen*) de tribu: Araucano: *Incaguerelenco: Incan* (auxilio), nombre; *guru* (zorro), familia; *lonco* (cabeza) linaje. (Estas conjunciones de gentilicio, oficio y apodovense juntos en casos como el que cita Albert Dauzat de un *Guillaume le Normant, Pie de Ours, buffetier*)...

La adjetividad de los apellidos se manifiesta aun más evidente en los que admiran o denuestan, principiando por los colores, cuya gama casi íntegra reproducen: *Blanco, Bazo, Negro, Grana, Gris, Amarillo, Verde, Rojo, Rosillo, Rosado, Morado, Pintado, Ruano, Rubio, Pinto, Morcillo, Cárdenas*; o la copiosa serie de los denigrativos: *Artero, Bajonero, Espantoso, Farto, Gestas, Homicida, Ladrón, Lucifer, Rostro de puerco, Urdemalas, Trabuco*... Y aunque morfológicamente substantivos, son también alcuño o remoquete los derivados del cuerpo, según se colige de *Cabeza, Copete, Cabello, Ceja, Costilla, Perrilla, Canillas, Cuello, Chueca, Barriga, Carrillo, Lengua, Muelas, Ojos, Dientes, Orejas, Garganta, Busto, Vientre, Piernas, Manotas, Calcaño, Uñas, Hueso*; y los de vestuario, como *Abarca, Albero, Botines, Calzas, Camisón, Capote, Chapín, Ferreruelo, Mangas, Mantilla, Pelliza, Sayal, Servilleta, Sotana, Tejido, Toca, Tacón, Zamarra y Yelmo*.

Ni otra cosa puede pensarse de los que se revisten de substantividad en abstracto, a modo de *Alegría, Amores, Antigüedad, Gracia, Medura, Ocasiones, Pobreza, Razón, Valor, Vida y Verdad*...

A buen seguro los apellidos recogen cuanto existe en la naturaleza animal, vegetal y mineral, desde *Yaya, Nigua, Pulga y Mosca* hasta *Vaca, Ternero, Mula y Caballo*; desde *Seta, Cebolla, Lama y Fique, Trigo, Maíz, Quinoa y Yuyo*, hasta *Encina, Roble y Laurel*; de *Arena y Piedras* a *Luna, Sol, Estrella y Orbe*.

Todo lo que compone la habitación, como *Casas, Chozas, Iglesias, Alcázar y Palacios; Muros, Paredes, Puerta, Sala y Corredor*; los cultivos: *Huertas, Jardín, Cañaveras, Rosales y Vides*; o la naturaleza física: *Ríos, Lagos y Arroyos; Praderas, Morros, Cuencas y Cañadas; Alcores y Colina; Vergel, Selva y Bosques; Valles y Lomas*, etc., con profusión inextinguible.

En materia de toponimia, por gentilicios o directamente, *Castilla y Castellanos, Francia y Francés, Bogotá, Sopó, Medellín, Fagua, Usme*, verbigracia, hay para miles; y en achaque de empleos, oficios y profesiones, cuantos tiene la industria humana, de *Alguacil a Príncipe*; de *Alcalde a Rey*, de *Tafur (o tahur) a Obispo*, de *Ladrón a Monje*, de *Marrero a Orive y Letrado*, de *Siervo a Mariscal, Doctor y Duque... Diablo y Dios* inclusive, en lista de millares, aún creciente.

De lo que se deduce que está en lo justo nuestra gente cuando al apodar llama poner sobrenombres, y que lo estuvieron los antiguos al derivar de *alcuña* o *alcuño* (mote) la *alcurnia*, que todavía rige, por renombre y linaje. Tampoco no desdican de sus esencias aquellos apellidos éuscaros descriptivos, de la laya del trabalenguas (*Sillorrutugastañazagoeascoa*, que más parece la monografía de una comarca exótica aglutinada en una voz que el humilde nombre familiar de un mercader bilbaíno).

Cuanto a la atribución matrimonial de los apellidos, el uso varía de pueblo a pueblo: en español decimos *Eva de Adámez*, simplemente, o *Eva Costilla de Adámez*, o “la señora de Adámez”, como los ingleses en *Mrs. Smith* (o *Mrs. Eva Adámez Smith*), los alemanes *Frau Schmidt*, pero los franceses *Madame Jean Aimé Bonhomme*, todo junto. Nuestros abuelos se cuidaban poco de estas minucias y a la señora de Sancho le decían buenamente *Tereza Panza*, así fuera otro que no Panza su padre, y por lo que hace a prole, escogían a su amaño el de uno u otro de sus progenitores, y aun de sus abuelos y hasta de su propia invención. El femenino de los apellidos aparece en *La Camacha, La Escalanta*, etc.: *Mari-Castaña* fue probablemente doña *Maria de Castaño*, sin cuidarse de confusiones como en *La Perezza*, por la señora o la hija de Pérez.

Los norteamericanos, que, como los antioqueños, añaden a su nombre un bejucal de iniciales incomprensibles, a semejanza de *John A.B.C. Smith* y *J. de J. Restrepo*, acostumbran también llevar por nombre de pila el apellido de sus preferencias, conforme lo ejemplifican *Franklin D. Roosevelt* y *D. Roosevelt Franklin*, de ocurrencia verosímil. Nosotros los de estirpe ibé-

rica juntamos el materno al paterno, a veces ligándolos con la y conjuntiva: *Ortega y Gasset*, para distinguirlos de los unitariamente compuestos *Garcilaso de la Vega* v. gr., muy copiosos; y los lusitanos de allende y aquende el océano, extreman esta nomenclatura hasta lindes de deliciosa amenidad. Tanto portugueses como castellanos producen en ocasiones curiosos entreveramientos con los apellidos de nombre propio, ya que podría darse un *Arturo Roberto* al lado de un *Roberto Arturo*, un *Félix Custodio*, cerca de un *Custodio Félix*, vamos al decir.

* * *

No se juzgue sin embargo apresuradamente que el nominativo de casta fue siempre usual, antes circunstancial o adventicio, como ya dije, ni tampoco estable en las familias, porque la fijeza suya es muy reciente: En España comenzose a generalizarlos en el siglo ix, en Venecia en el siglo x, en Francia del siglo xiii al xv, aunque en verdad esporádicamente se le descubre en otras épocas: Italia en el siglo viii, Francia en el ix, etc., y aun antes... Rusia apenas los define después de la liberación de los siervos en 1861, y en Turquía sólo de 1920 acá (revolución de Kemal el Attaturk). Durante toda la Edad Media existió grave desorden en este asunto, pues, o se variaba de ellos caprichosamente, o no se tenían, cual ocurrió lo más a menudo entre judíos, a quienes hubo que obligar en casi toda Europa a tomarlos de improviso: En España durante la época del Renacimiento, con nombres del Santoral católico de preferencia; en Francia hacia 1803, y coercitivamente ya en 1808, por el decreto napoleónico del 20 de julio, y aun fajándoles para su denominación los correspondientes a ciudades, cuando no tenían algún distintivo tradicional asimilable. Igual proceso ocurrió en Alemania por entonces.

Las mujeres tomaron apellido propio más tarde en todos los países; y por lo que respecta a los esclavos, desde tiempos muy atrás recibieron el de sus señores, ora con desinencia especial: *Lucipor*: 'el de Lucio', *Marcopor*: 'el de Marco'; o en genitivo: *Artemas Claudi*: 'Artemas de Claudio'...

A su fijación contribuyeron mucho los cánones del Concilio de Trento, que obligan a llevar registros parroquiales, y las ordenanzas de algunos reyes, como las de Francisco I y Enrique II en Francia, atañederas a este asunto. De ahí que poco a poco se hiciesen bien patrimonial pro indiviso que requiere intervención de notario para su abrogación o cambio. Ya la ley romana garantizaba dicha propiedad, dejando empero libres a quienes la poseían de mudar su nombre cuando lo tuviesen a bien con discretas razones públicas o personales.

Interesante es asimismo la evolución del *de*, tenido hoy por signo de prosapia ilustre. En Francia lo adoptaron los señores feudales desde el siglo x, como rúbrica de dominio o casa solariega, y de allí pasó a España por Navarra y Aragón, dos siglos adelante, puesto que en el xiii se le topa por acá muy generalizado. No dejan algunos de pensar que en este último país se usó inicialmente como distintivo de bastardía o vínculo de filiación confusa. En todo caso, pronto pasó del empleo solariego al de mera procedencia regional, y únicamente cuando ya ennoblecido por el hábito primigenio cobró prestigio, fue llevado a trochemoche por doquiera.

De estas ironías de fortuna adoleció también el célebre *don* que usan los iberos de una y otra ribera del mar Atlántico, pues comenzó muy humildemente por anteponerse a los nombres de los judíos, moros y frailes, para ir trepándose luego a los copos de la aristocracia y realeza, y al fin habilitarse ineludible tratamiento vocativo de cortesía social para grandes y pequeños, para pecheros y blasonados, conforme novísimamente ocurre, no sin pasar un tiempo por especie venal realenga, a doscientos ducados el título.

Mas si griegos y romanos tuvieron apellidos, y aun apellidos y cognomento, ¿cómo fue el eclipsarse dicho nombre durante casi toda la Edad Media?

Aquí de la religión:

El ingenio fecundo de San Pablo había predicado alegóricamente el advenimiento del "hombre nuevo" en Cristo, para abominar de todo a todo la pecaminosa índole pagana, y sus

neófitos de las Catacumbas no se quedaron ni con mucho zagueros, que pues desecharon hasta los apelativos de la vieja calañá, y se llamaron con sólo el nombre propio *praenomen*, y aun éste en ocasiones trocado en el bautismo, como adelante lo hicieron algunos bárbaros al latinizar sus ideas y costumbres: el mismísimo Justiniano, padre putativo del derecho, llamábase propiamente *Uprauda*, como quien dice, 'el Justiciero', en su idioma eslavo, o 'el Justicialista', en la confusa invención de quienes por ahí corren también hazaña de triunfos.

Centurias después el crecimiento demográfico, las conveniencias del fisco, las necesidades de la 'conscripción' o quinta militar (como en el caso de Napoleón) y los conflictos de consanguinidad o parentesco que incumben a la Iglesia fueron suscitando la reasunción del apellido en Europa: Iniciose ello en el centro de Italia, allá por el ochocientos, avanzó a Venecia por el norte, a Provenza y España al occidente, a toda Francia en el siglo XIII, a Suiza en el XVII, a Alsacia en el XVIII, *et sic de ceteris*, hasta cuajar hace poco en Turquía, como antes dije.

El proceso no fue demóticamente uniforme, pues se movió de la aristocracia a la burguesía, de la burguesía a la plebe, de los palacios y castillos a la ciudad, y de ésta, en fin, a aldeas y campos.

* * *

La onomatología pertenece a los vastos dominios de la incertidumbre. El significado genuino de casi todo nombre constituye rompecabezas para gramáticos y etimólogos a la vez, y los aficionados nos vemos en el duro trance de acogernos a la mayor probabilidad o a la mera aproximación interpretativa. El origen caótico de las raíces, que ora se atribuyen a un idioma dado, ora a su vecino geográficamente, o al de más allá, remoto en espacio y tiempo a la vez, cual ocurre en el caso de *María*, 'señora', 'princesa', 'gallarda' etc., según se mire al hebreo, al arameo o al egipcio; el de *Inés*, que conforme a etimología latina corresponde a 'cordera', y a 'pura' si la derivamos del griego. La interpretación siríaca de *Afrodita* es tremendamente diversa de la graciosa que popularizó He-

síodo; entre *Zeus*, 'rufián' o 'bandolero', de vínculo asiático, y *Zeus* 'lumbre', de estirpe indoeuropea, hay un abismo; de *Harum* (grafía árabe de *Aarón*) 'montañés', a *Harum*, 'el que enseña', va largo trecho; en *César*, 'nacido quirúrgicamente', nada hallamos del César 'jefe', de la tradicional progenie Julia, o de *cecus*, 'zarco'. ¿Ni cómo desembrollarnos en relación con *Jehová*: *Yhwh* + *adhonay* = *Adonái*, con hibridación onomástica: 'señor'; o *Iahweh* = *Ehyeh* = *Ahyah* = *Jhwh*: 'el que es' de suyo (*sibi ipsi sufficiens*); según lo admiten los escritores; o *Ya* = *Yah* = *Yahou* + *Yowah*, mera exclamación admirativa? *Eva* 'madre' y *Eva* 'serpiente', no podrán avenirse nunca...

A esto se añade la estupenda intrincación que aportan las mutaciones literales y metaplasmos: por elipsis contractiva (al principio, aféresis; al fin, apócope; síncopa en medio; haplología, en general), o por adición (en medio, anaptixis, epéntesis), o por metátesis (transferencia o cambio de sitio); por asimilación, en fin, o disimilación de fonemas... ¿De dónde nos vino *Zoroastro* (o *Zarathustra*, como Nietzsche, muy correctamente, patrocinó), si de 'camello', 'el camello dorado', por viador y mensajero, o de 'áurea estrella', simbólicamente dicho por la estrella-guía de los pastores? De mi breve nombre *Luis*, inicialmente *Hluthavig*, *Hluotvig* o *Hlogvig*, en antiguo alemán, yo no sabría adherir con certeza a la explicación 'guerrero preclaro' o a la de 'baluarte (castillo) del pueblo', pues la presencia o ausencia de una letra, por elisión o por añadidura, su cambio de sitio, en fin, o su trueque por otra, nos confunde. Ejemplos: de *Rodericus*, sincopándose, resultó *Rodrigo*; de *Karl*, acreciéndose, *Carolus* y *Carlos*; de *Catarina*, mudado el sonido *r*, *Catalina*; de *Elagábalo* (*Elegabal*: 'Dios creador'), transtrocando literal y conceptualmente el nombre, surgió *Heliogábalo* ('Sol-Dios'). No pocas veces en un mismo caso concurren sintéticamente todos estos fenómenos, como en el precitado *Luis*: *Hlod*, 'gloria'; *vig*, 'baluarte' = *Hlodvig* = *Hluthavig* = *Clovis* = *Clodoveo* = *Clodovicus* = *Ludovicus* = *Lozoic* = *Aloitos* = *Aloisius* = *Eloísa* o *Elvisa* = *Luis*; o en su suceso más extremado de *Dyaus* = *Dyauspita* = *Diespiter* = *Juppiter* = *Djovis* = *Theos* = *Deus* = *Jove*, en que sólo perdura vaga

similitud fonética a lo largo del proceso que va de *div* o *dev* o *djev*, el semantema original indoeuropeo, a Dios y Diablo, que en parte lo recobran, y que más nítidamente perdura en *divinidad*, *divinitas*, *divino*...

Con no menos ardua tarea apechamos en punto de ortografía, ya que siendo el apellido patrimonio familiar, su escritura y uso son de la libre incumbencia de sus poseedores, y así en todas las lenguas ocurren en este asunto discrepancias casi inverosímiles: Escribimos *Victoria*, pero el Padre *Vitoria*; *Liévano*, aunque de *Liébana*; *Meza*, no embargante el legítimo *Mesa*, *Caicedo* o *Cayzedo* (y quizás *Quesedo*), *Señal* o *Ceñal*, y *Córdova* de la ciudad que en español, en latín y probablemente en fenicio, *Corteb*, llevó *b* larga etimológica, como de *Baal* y *Aníbal* (*Baal*, 'señor'; *Hannibal*, 'favor de Dios'). Por cierto que jugando del vocablo, este radical nos descubre graciosas travesuras del sentimiento patrio: *Belcebú*, nuestro diablo jefe, que era *Baalzebul*, 'señor de la Alta Casa' — como quien dice el Cielo — fue denaturalizado por los judíos en *Baalzebub*, 'señor de las moscas', sin parar mientes en que ellos mismos lo adoraron algunas ocasiones y aun llegaron hasta substituir por Baal el nombre de *Yahweh*, con que Dios y Diablo, como en *deva*, *daimon* y *Júpiter*, se ven asociados fraternalmente en ese remoto *div* o sea 'luz', de su matriz etimológica indoeuropea, que ya aduje.

De uno a otro idioma, de una a otra región las variaciones fonéticas y la apócope literal sorprenden al más alerta: nuestro apellido *Durán*, francés *Durand* o *Durant*, italiano *Durante* o *Duranti* (de *Durandus*, 'el que sufre') se hizo *Dante*, nombre propio; del viejo gótico *Hruodland* ('gloria de la patria'), hubimos el francés *Roland*, el español *Roldán*, y el italiano *Orlando*, a cual más ilustre; de *San Emeterio* (nuestro guardián), sacaron los astures el *Santander* que nosotros tenemos; de *San Pedro* nos traen los aragoneses nuestro *Samper* y su *Sempere*, harto conocidos; *Santa Eulalia* pasó a ser el *Olalla* de los conquistadores y el *Olaya* de hoy día; a *San Facundo*, con estación en *San Fagunt*, le hicimos *Sahagún* al fin y al cabo. Los españoles concentraron a *Egidio* en *Gil*, pero los franceses les

ganaron la partida mutilando y dislocando el *agosto* (*Augustus*) del calendario hasta dejarlo en la mera *u* de su *août* actual.

* * *

Remiro atrás y me detengo: el breve exordio que proyecté para que no aparecieran obrepticias mis opiniones rebasa los límites de la discreción, y ya no preámbulo o sucinta isagoge me resulta, sino ensayo. Perdóneme el lector y que Dios prospere su paciencia por unas cuantas líneas adelante.

Unas cuantas líneas para decirle, en conclusión y suma de propósitos, que los apellidos no son ya términos adjetivales o adjetivados como en su origen, sino denominativos de misión aparte y nueva significación. Nombres propios de familia que si antes calificaban — como cumple al adjetivo gramatical — ahora representan el sujeto, conforme a la esencia del sustantivo. Si de cuando en cuando cobran género femenino o veleidades de adjetividad, es por resabios de su vieja costumbre o graciosa connotación efímera.

Cuanto a que se puedan usar en singular con sujeto plural, no cabe duda, a mi juicio:

Desde luego, la claridad, suprema ley del lenguaje, así lo exige en los apellidos de doble número como *Calle* y *Calles*, *Plaza* y *Plazas*, *Rey* y *Reyes*, etc.

En los terminados en *s*, *x* y *z*, de aparente pluralismo, la eufonía exige el singular, porque sería insoportable al oído decir los *Menéseses* (por *Meneses*), los *Pertinaxes* (de *Pértinax*), los *Palafoxes* (de *Palafox*), los *Sances* (de *Sanz*).

Para evitar tautologías insolubles, los compuestos retienen asimismo su forma, ya que no sabría uno cómo pluralizar a *Cabeza de Vaca*, valga el punto, o a *Primo de Ribera*, o a *de la Riva Agüero*, etc., pues decir *Cabezas de Vaca* o *Primos de Rivera*, conforme ilustres gramáticos admiten, resulta asaz confuso y ciertamente cacofónico. En otra especie de composición suele pluralizarse el último, a semejanza de los *Olaya Herreras*, pongo el caso. Pero ¿cómo no decir, v. gr., *los Facio Lince*?

De ahí, *pari modo*, que los topónimos con *de* prepositiva sigan este precepto, y queden invariables, cual lo manifiestan

de Aguirre, de Leiva, de Restrepo, aun eliminando la preposición, como en *Casa Valencia*.

Los patronímicos de nombre propio convienen mejor en singular, según la prueba de *los Arturo, los Pascual, los Roberto y los Vicente*.

Conceptúo que también ocurre así en las combinaciones patro-matronímicas, con y conjuntiva o sin ella, a saber: *los Murillo Toro, los Toro y Gisbert, los Pi y Margall, los Menéndez Pelayo*.

En algunos casos el buen gusto resistiría al empleo del plural, como en *Godoy, Gual, Pey, Paúl* y en los extranjeros naturalizados, que no se aviene con nuestra fonética castiza el decir, v. gr., *los Cockes, los Eastmanes, los Amates, los Girardotes*. . . como sería horripilante en general con casi todos los foráneos: ¿Quién soportaría *los Ronsardes, los Pittes, los Boppes*? Ni aun con solo la *s* que la Academia admite: *los Koppes, los Mac' Allisters*, por ejemplo. . .

Evidencian la dejación de su carácter adjetivo inicial hechos tan comunes como la asociación de varios nombres propios con apellido en singular a la manera de "Angel y Rufino J. Cuervo", cuando sería inadmisibile, en adjetividad perfecta, decir "Angel y Rufino J. letrado", y no "letrados", y los morfemas o desinencias que toman familiarmente, *La Cuervito, La Carito*, vamos al decir, y hasta *La Gutierritos*, regresando al patronímico *Gutierre*, con *s* de contaminación que le impone la *z*, levemente disimilada, de *Gutiérrez*. Así *La Gonzalitos, La Lopitos*, etc.

Luego — consejándome con la utilidad y la experiencia, tímidamente acicaladas de glotología elemental — deduzco de lo anterior que costumbre, eufonía, claridad de entendimiento y elegancia de estilo imponen tantas excepciones a la norma de la pluralidad de los apellidos, que de tal no nos va quedando consistencia, antes incertidumbre, y así, propongo dejar este negocio a la discreción y habilidad de la gente, *ad libitum* de sus necesidades y buen concierto, sin ladearnos al otro ángulo de la absoluta singularidad, que en muchos casos pudiera parecer alfeñicada o retórica.

En este asunto mi concepto personal es que el español se coloca a medias entre lo indeclinable del francés: *Le Durand, la Durand, les Durand* y la excesiva adjetivación del italiano: *Franco, de Franchis, Lo Franco, Franci, Franchino, Franchioni, Francitti, Franzona, Franzonells, Franzonetti, Francesco, Francesca, Francisci, Franciscis, Franceschetto, Franscotto, Francescuccio*... y muchos más, con una selva de hipocorísticos regionales casi casi inverosímil.

LUIS LÓPEZ DE MESA.

Bogotá.